

Estudios Sociales
 Vol. XXIX, Número 106
 Octubre-Diciembre 1996

MI SIGLO XIX: 15 AÑOS DESPUES

Mu-Kien Adriana Sang Ben*

"La historia no se ocupa del pasado. Le pregunta al pasado cosas que le interesan al hombre de hoy",
 José Luis Romero¹

El 28 de marzo de 1996 recibí una amable correspondencia del buen amigo y colega Padre Manuel Maza, en la cual me invitaba a participar en el número 106 (trimestre octubre-diciembre de 1996) de la Revista Estudios Sociales. El Comité de Redacción invitaba a algunos historiadores a hacer un balance crítico sobre los temas que durante años han sido objeto de sus preocupaciones. *Dos inteligentes preguntas servirían de punto de partida: ¿Cómo re-escribirías tú ese período de historia dominicana que vas conociendo mejor? ¿Con qué nuevas perspectivas y énfasis abordarías esa temática que más te ha interesado?*

Sin pensarlo dos veces respondí afirmativamente a la invitación. Un motivo me lleva a aceptar el reto: responder sincera y críticamente a esas dos preguntas me brinda la oportunidad de re-pensar lo que durante tantos años he trabajado con sistematicidad.

* Historiadora. Directora Ejecutiva del Proyecto para el Apoyo a las iniciativas democráticas (PUCMM/PID/AID) y profesora de historia de la PUCMM. Autora de **Ulises Heureaux: Biografía de un Dictador**, Santo Domingo, INTEC, 1987; y **Buenaventura Báez: el caudillo del sur**, Santo Domingo, INTEC, 1992.

¹ Citado por Gregorio Weinberg, "Marginales y endeudados" en Zea (compilador), **Quinientos años de historia, sentido y proyección**, México, Fondo de Cultura Económica-Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1991.

ESTUDIOS SOCIALES 106

Durante casi quince años me he acercado a la realidad histórica dominicana del siglo XIX. En la primera etapa lo hice desde el prisma de dos de los principales caudillos-dictadores que tuvieron vigencia política en la segunda mitad de ese siglo: Buenaventura Báez y Ulises Heureaux. Coronó mi experiencia de acercamiento al siglo pasado a partir del pensamiento de uno de los máximos representantes del pensamiento liberal-positivista, Ulises Francisco Espaillat. Esta doble perspectiva me ha posibilitado tener una panorámica más global y completa sobre la vida política dominicana de la segunda mitad del siglo pasado.

He sido particularmente crítica, más de lo necesario tal vez, con ese manojo de ideas definitivas e incuestionables que han sido entretrejidas y difundidas por una historiografía que respondía sin vacilaciones a la cultura dominante. Cuestioné, y cuestiono aún, la veracidad de ese heroísmo sin igual que se proclama de nuestros patriotas. Me pregunto cuán cierta es esa pureza que se le atribuye a nuestro movimiento liberal. Y no deja de inquietarme el por qué se le imputan tantas impurezas a algunos de esos personajes desprestigiados por el juicio implacable de una historiografía parcial y llena de prejuicios. En un primer momento asumí esa actitud crítica motivada por mi deseo de buscar nuevas explicaciones a esas viejas enseñanzas que tuve que aprender sin preguntar. Con el paso del tiempo me dí cuenta de complejidad de los fenómenos que ha padecido nuestra sociedad. Me convencí aún más de la necesidad de proseguir con la investigación crítica de la historia y del pensamiento político dominicano.

Me preguntaba constantemente ¿por qué debo aceptar como bueno y válido todo lo que se nos ha dicho? ¿por qué no ponerlo todo en duda, y a partir de entonces buscar fórmulas para proponer un nuevo discurso, una nueva interpretación? Tengo años formulándome esas interrogantes, y busqué explicaciones. Albert O. Hirschman, es de esos intelectuales que para hacer sus análisis asume como punto de partida la crítica de todo lo existente; de esta manera, explica, es más fácil conocer la realidad en toda su dimensión: "Como el proceso se alimenta de sí mismo, cada grupo, en algún momento, se preguntará a propósito del otro, con asombro y a veces con mutua aversión: ¿cómo ha llegado

MI SIGLO XIX: 15 AÑOS DESPUÉS...

a ser así?"² Conocí la obra de Hirschman diez años después de mi primer planteamiento. Me alegré que alguien osara enarbolar una tesis afirmando que muchos de nuestros historiadores desarrollan el culto a la intransigencia, convirtiéndose su discurso en mera retórica justificativa de posiciones y sucesos, olvidando que lo importante es la profundización del conocimiento, aunque esto implique negar lo que uno mismo ha afirmado o defendido.

Otros historiadores, incluso antes que yo, habían iniciado un proceso reflexivo crítico con la realidad heredada. El trabajo historiográfico de Fernando Picó es una constante propuesta de reconstrucción de la historia de Puerto Rico. **Los Gallos peleados**, es una muestra evidente de esa búsqueda. Su amado Puerto Rico natal es objeto de profundas reflexiones, lo denomina como una tierra que no ha dejado nunca de ser un "semillero de hipótesis". Negador de esas ideas heredadas por una intelectualidad complaciente, decide enfrentar esas "exageraciones, cuentos de desmanes increíbles, cifras y porcentajes apabullantes, aforismos tajantes, anécdotas estremecedoras...". Esa jactancia desmedida, afirma Picó, hace un llamado estremecedor a la "duda sutil de la memoria colectiva", pues a pesar de las virtudes y logros proclamados, sigue diciendo, "nuestras desgracias han sido grandes también, y en entrelugar del orgullo y del dolor, surgen los matices de las consolaciones contabilizables...."³

En julio de 1981 inicié mi trayecto por el difícil mundo del conocimiento histórico. Influenciada por las ideas de la época (la teoría del enclave azucarero, por ejemplo) había decidido realizar una investigación sobre el desarrollo de la industria azucarera en la República Dominicana del siglo XIX. Lecturas y orientaciones de mi maestro (¡¡ mil gracias Ruggiero Romano!!), me llevaron por los caminos de la historia política. Decidí hacer tabla rasa con esas teorías de la dependencia que abarcaban todo, ofrecían un recetario general, pero *no explicaban prácticamente nada. Comencé a buscar una orientación más particular del sujeto y objeto de la investigación histórica.*

² Albert O. Hirschman, **Retóricas de la intransigencia**, México, Fondo de Cultura Económica, 1991, p 10.

³ Fernando Picó, **Los gallos peleados**, Río Piedras, Puerto Rico, Ediciones Huracán, 1988, p. 17.

ESTUDIOS SOCIALES 106

En mi primer trabajo, la biografía política de Ulises Heureaux, me ensañé, lo reconozco, con el grupo de los salvados de la historia. Tuve un acercamiento tangencial y muy crítico, al liberalismo. Sostuve que el movimiento liberal, iniciador de la revolución independentista, por su propia debilidad política, se convirtió en algo paralelo y marginal a las fuerzas políticas con posibilidades de tomar el poder. Intenté hacer una reflexión que trascendiera el marco de lo dominicano, pues entendía que la situación del país respondía a una tendencia histórica que vivió el conjunto de países de América Latina.

Todavía sostengo que las dictaduras nacidas en América Latina del siglo XIX fueron el resultado de una alianza de un sector "oligárquico", con las potencias imperiales. Implantaron regímenes autoritarios a fin de detener las luchas inter-caudillistas que se habían suscitado después de la independencia. De esta manera se posibilitaba la pacificación forzosa de las jóvenes naciones, y sobre todo, se podía poner en práctica el nuevo proyecto económico, sustentado en una economía de mercado.

Defiendo la idea, y no niego la influencia recibida por las lecturas de los historiadores de la escuela francesa (Fernand Braudel, François Chevalier, Pierre Chaunu, Ruggiero Romano, Marcello Carmagnani, entre otros), que la mayoría de los países latinoamericanos vivieron un proceso político que se caracterizó por tres momentos estelares: independencia, luchas intercaudillistas y dictaduras. Y he aquí algunos ejemplos para verificar la afirmación: Guzmán Blanco en Venezuela (1870-1888), Francia en Paraguay (1814 - 1840), Rosas en Argentina (1829-1852) y Ulises Heureaux (1882-1899). Estos hombres fueron calificados por muchos como "guardianes necesarios del progreso" y "dictadores útiles" que facilitadores del "orden y el progreso". Lo cierto es que abrieron las puertas de América Latina al nuevo modelo imperial sustentado en relaciones capitalistas de producción.

El caso dominicano, con sus particularidades muy propias, responde a ese esquema. Después de proclamada la independencia nacional el 27 de febrero de 1844, los diferentes sectores sociales, denominados tradicionalmente como liberales y conservadores, se enfrentaron rudamente para controlar el naciente Estado Dominicano. Inicialmente estos enfrentamientos fueron nominados por las fuerzas conservadoras, en cuyo interior se libraría también una lucha sin cuartel. La sucesión obligada por las circunstancias adversas y la existencia de

MI SIGLO XIX: 15 AÑOS DESPUES...

efimeros gobiernos, luego de proclamada la independencia, no hace más que constatar la existencia de esa encarnizada lucha entre las diferentes facciones de la clase dominante por controlar el Estado dominicano.

El enfrentamiento de liberales y conservadores en el último cuarto del siglo pasado en República Dominicana, ha sido también analizado como conflictos entre regiones. Esta aparente lucha, norte versus sur, bien podría analizarse como una expresión de fuerzas sociales e intereses económicos diferentes enfrentados porque necesitaban controlar el aparato político. Esta regionalización comenzó a desaparecer con el surgimiento de otro sector económico que eclipsaba políticamente esas fuerzas: la industria azucarera.

Afirmaba que el único período en que los liberales tuvieron cierto control de la vida política dominicana fue entre 1878 y 1882, años en que su máximo líder, Gregorio Luperón, buscó imponer la hegemonía del Partido Azul. La incapacidad de este grupo político y la inaplicabilidad de este proyecto se evidenció en el momento en que surge una nueva fuerza política y social, capaz de destruirlos política y económicamente: los azucareros, representantes de la nueva modernidad burguesa.

El regionalismo y la lucha entre "liberales y conservadores" comenzó a desaparecer con el surgimiento de ese nuevo sector económico que buscaba su espacio en el plano político. Esta relación es la que explica que el proceso de expansión y desarrollo de la industria azucarera se produjo paralelamente con el surgimiento y consolidación de la Dictadura de Heureaux.

En mi segundo trabajo, la biografía política de ese dictador frustrado, Buenaventura Báez, intenté, muy tímidamente, adentrarme más en la esencia del pensamiento conservador y hacer algunas aproximaciones al pensamiento liberal.⁴ Sostuve en esa oportunidad,

⁴ En el capítulo 3 del libro **Caudillismo, conservadurismo y anti-haitianismo. La trilogía de su pensamiento político**, específicamente en el acápite Buenaventura Báez: Conservador y Anexionista, expongo mis consideraciones sobre las coincidencias políticas, ideológicas y de base social de los conservadores y liberales.

inspirada en el plantamiento de Safford⁵ que no era posible establecer ni precisar una identidad económica que permitiera definir y diferenciar la base social que sustentaba tanto al grupo de los conservadores como al de los liberales.

Afirmaba asimismo, contrario a lo que siempre se ha querido defender, que tampoco con el caso de los partidos políticos del siglo XIX en América Latina, y en particular en la República Dominicana, era posible hacer una diferenciación tajante en la composición social que los sostenía ni en relación a sus planteamientos políticos e ideológicos.⁶ *Dos conclusiones fueron planteadas en aquella oportunidad: 1. La imposibilidad de establecer una diferenciación ideológica radical entre conservadores y liberales; y, 2. La dificultad de hacer una relación mecánica entre organización política y composición social.*⁷

Sostenía también en esa segunda obra, que tanto los liberales como los conservadores estaban condicionados por la realidad. Los dos grupos políticos tuvieron la misma práctica política y se vieron envueltos en la lógica de la cultura caudillista, fenómeno político presente en toda América Latina. Concluía estas ideas señalando que la diferencia ideológica que podría establecerse en el caso dominicano era en torno al anexionismo, pues los conservadores dominicanos fueron sistemáticos en su defensa de la anexión de la República, única vía vislumbrada por ese grupo político para la solución de los males. Sin embargo, llegué a preguntarme, quizás porque no tenía los argumentos suficientes para exponer ninguna afirmación concluyente, "¿no será una falsa apreciación de la realidad el exponer como movimientos antagónicos el nacionalismo y el anexionismo?".

⁵ Cf. Frank R. Safford, "Acerca de las interpretaciones socio-económicas de la política colombiana del siglo XIX: variaciones sobre un tema" en **Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura**, # 13-14, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.

⁶ Dos obras me sirvieron para profundizar en ese momento mis argumentos; una de ellas, aunque no era un estudio amplio, exponía novedosas reflexiones que contrarrestaban la concepción tradicional de la historiografía latinoamericana en relación al liberalismo y al conservadurismo. Me refiero al trabajo publicado por Alvaro Tirado Mejía, **El Estado y la Política en Colombia en el siglo XIX**, Colombia, el Ancora Editores, 1981. Otro trabajo, quizás el más importante como crítica a la concepción del liberalismo, y sobre todo por la erudición de su exposición, es la de Charles Hale, **El liberalismo mexicano en la época de Mora 1821-1853**, México, Editorial Siglo XXI, 1978.

⁷ Mu-Kien Adriana Sang, **Buenaventura Báez...**, op. cit. p. 47.

En ensayos posteriores seguí la misma línea de pensamiento,⁸ e intenté encontrar respuesta a tan sugerente pregunta. En diferentes oportunidades defendí el argumento de que las ideas liberales, nuevas y novedosas en América Latina y en República Dominicana, calaron en sectores sociales constituídos por las capas medias y las élites intelectuales, que se organizaron políticamente para luchar y crear un Estado Nacional, liberal y moderno, basado en una organización democrática y representativa. Sin embargo, estos grupos no tomaron en cuenta la participación de las grandes mayorías. Para estas masas, el discurso nacionalista carecía de todo contenido.

He afirmado siempre que una de las dificultades del grupo liberal era la relación coherente entre discurso y práctica política. El sentimiento democrático y nacionalista se confundió con el sentimiento local y el poder regional. Hubo confusión en todos los planos, se hizo coincidir la nacionalidad con la comunidad, pues sólo esto es lo que puede explicar la adhesión incondicional de la población a los caudillos regionales. Implica esta afirmación que los líderes defensores del nacionalismo no tenían una base social significativa.

Una de las afirmaciones que quizás más dificultades de aceptación ha tenido entre los interesados en el tema, es cuando he planteado que el hecho de los liberales concebir el mundo europeo y norteamericano como modelos a seguir, implicaba una incomprensión de las características de la coyuntura política a nivel mundial. El liberalismo

⁸ Cf. Mu-Kien Adriana Sang, "Contradicciones en el liberalismo dominicano del siglo XIX: un contraste entre el discurso y la práctica", ponencia presentada en la XXIII Conferencia Anual de la Asociación de Historiadores del Caribe celebrada en Santo Domingo del 18 al 22 de marzo de 1991. Véase también un artículo de mi autoría publicado en la **Revista Estudios Sociales** # 95 titulado "Entre el autoritarismo y la aspiración de libertad", en el presente un conjunto de cuadros resúmenes sobre la realidad política dominicana del siglo XIX y XX, y donde trato de evidenciar la presencia significativa del caudillismo, pero sobre todo de los conservadores a todo lo largo de la historia dominicana. Otros trabajos en ese orden fueron "Luperón y el contexto político de su época", ponencia del Seminario Gregorio Luperón en el sesquicentenario de su nacimiento, noviembre de 1989; "El proceso independentista en América Latina: luchas intra-imperiales, estado y centralismo en la independencia dominicana", ponencia presentada en el Congreso Dominicano de Historia, octubre de 1993. También la ponencia "Luperón vs Báez: Análisis de una lucha inter-caudillista", diciembre de 1989, ponencia del IV Congreso Dominicano de Historia.

ESTUDIOS SOCIALES 106

fue un momento de la historia, una ideología y una filosofía nacida de las entrañas de la burguesía europea, producto de las contradicciones propias del desarrollo de esas sociedades, y especialmente de las presiones de ese nuevo grupo social que negaba la estructura rígida impuesta por el feudalismo.

En diferentes oportunidades he defendido que el liberalismo latinoamericano, el dominicano también, no fue el resultado de sus propias contradicciones. Defiendo la tesis de la importación. Los liberales lucharon por transferir el modelo ideológico de un segmento de los europeos, mientras sus enemigos políticos y supuestos defensores de postulados contrarios, los conservadores, buscaban a toda costa la importación de la modernidad pura y simple, no por las ideas, sino por la anexión. Así pues para unos (los liberales) lo válido era aplicar las ideas y su forma de vida; para otros (los conservadores) era sencillamente el traslado de la modernidad de esas sociedades a los más recónditos lugares de América Latina, y para lograrlo, proponían la dominación, la incorporación, la sumisión de nuestras jóvenes naciones a través de la dependencia política, económica y social.

Asumo la defensa de que la realidad latinoamericana, y por ende también la dominicana, era tan caótica y difícil que se hacía imposible diferenciar un grupo político de otro. Más aún, la imposición de la política internacional, primero europea, luego norteamericana, determinó que los mismos grupos políticos asumieran posiciones políticas y económicas del otro. No es casual encontrar algunos grupos conservadores que defendieran posiciones liberales y positivistas (conservadurismo liberal) o que algunos grupos radicales re-pensaran sus posiciones y asumieran parte del discurso conservador (liberalismo conservador).⁹

Después de ponderar y revisar críticamente todo lo que he escrito y planteado en diferentes oportunidades y de haber profundizado en mi reflexión sobre la segunda mitad del siglo XIX dominicano, he llegado a una serie de consideraciones.

⁹ Estas ideas están ampliamente desarrolladas en un libro de mi autoría de próxima aparición, titulado **El fracaso de la utopía liberal**.

A nivel del proceso latinoamericano, planteo lo siguiente:

1. Sostengo que el proyecto liberal en América Latina y en República Dominicana también, fracasó. El intento de aplicar un modelo importado, y el hecho de que los movimientos nacionalistas en América Latina respondieran básicamente a un momento del desarrollo del capitalismo de las principales potencias europeas, son las razones generales para explicar ese fracaso. Este proceso de ebullición política fue aprovechado por un grupo de potencias imperiales, entre ellas, Francia, Inglaterra y Holanda, como un momento oportuno para expandir *su mercado de bienes y capitales*.

2. Es una verdad que nadie discute, que el movimiento liberal fue elitista y que en esta gesta la participación de las grandes masas fue puntual y escasa. En los pocos momentos en que tuvieron la oportunidad de participar, fueron movidas por los caudillos regionales, representados en su mayoría por el sector denominado como *conservador*. El movimiento de emancipación fue por tanto auspiciado por diferentes sectores de la clase dominante.

3. Considero, dejando a un lado las minorías radicales del pensamiento liberal, que la polarización de las fuerzas políticas denominadas conservadoras y liberales fue esencialmente de carácter táctico, no estratégico, pues los enfrentamientos que se produjeron tenían el propósito de dominar el poder político y controlar el Estado. Se hace prácticamente imposible establecer una diferenciación tajante en términos ideológicos y de composición social de la base de apoyo de ambos grupos políticos.

4. Al término de las guerras de independencia, el panorama latinoamericano era sumamente complejo. Por un lado encontramos países devastados por efecto de la guerra. No obstante, a pesar de estos estragos, pudo consolidarse una burguesía agroexportadora. Esta *nueva facción de la clase dominante logró financiar* la constitución de gobiernos centralizados y poderosos, logrando la unificación del país, luego, claro está de serias luchas por el poder entre los diferentes poderes regionales. Las guerras de independencia no rompieron con la estructura productiva existente, es decir las grandes propiedades; al contrario, pudieron sobrevivir y expandirse de acuerdo a las nuevas demandas del sector externo.

ESTUDIOS SOCIALES 106

luego, claro está de serias luchas por el poder entre los diferentes poderes regionales. Las guerras de independencia no rompieron con la estructura productiva existente, es decir las grandes propiedades; al contrario, pudieron sobrevivir y expandirse de acuerdo a las nuevas demandas del sector externo.

5. Asimismo, podemos constatar que el proceso revolucionario provocó una fragmentación de las sociedades latinoamericanas en una serie de unidades políticas independientes. Esto provocó que en la etapa republicana la dominación política se efectuara mediante alianzas entre la clase dominante y las metrópolis extranjeras. Partiendo de las ideas anteriores, podemos concluir que los movimientos revolucionarios independentistas y nacionalistas estaban destinados al fracaso, pues para prosperar, tuvieron que aliarse a los grupos sociales considerados como conservadores, y más aún, a las potencias imperialistas.

A nivel del caso dominicano, propongo las conclusiones siguientes:

1. En el caso dominicano, la situación fue parecida. Pronunciada la separación de Haití el 27 de febrero de 1844, se inició una etapa donde prevaleció la lucha inter-caudillista e inter-regional, por controlar el poder político. Como hemos expresado en otro trabajo, no fue hasta la consolidación de la dictadura de Ulises Heureaux en 1886, que se logró detener este proceso de lucha interna.

2. Obviando las particularidades y los cientos de detalles que nos ofrece el difícil, oscuro y a veces inexplicable panorama político del siglo XIX, podemos presentar, a manera de esquema la lucha caudillista entre liberales y conservadores de la siguiente manera:

2.1) **Entre 1844-1861.** Los propiciadores del movimiento para lograr la separación de Haití fueron los denominados liberales, encabezados por Duarte y sus seguidores. Su fuerza política no pudo ser hegemónica. El grupo de los trinitarios se había debilitado, tanto, que su principal líder, Juan Pablo Duarte, fue deportado sólo unos meses después de haberse pronunciado la independencia. Los demás representantes del sector liberal o fueron fusilados, eclipsados políticamente, o subsumidos al nuevo orden político, como fue el caso de Mella que no retorna a las filas liberales hasta la guerra de Restauración. El enfrentamiento se produjo entre los propios conservadores: Pedro Santana y Buenaventura

veremos que entre 1844 y 1861, hubo un total de 11 gobiernos, de los cuales Santana presidió 4 por un total de 10 años y 5 meses, y Báez solo pudo asumir la presidencia en dos ocasiones, gobernando por 6 años.

2.2) **Entre 1861-1863.** Durante estos años se libraron las guerras en contra del Gobierno español, este fue el único espacio político en que las fuerzas nacionalistas pudieron tener una participación activa, aunque coincido con los planteamientos de Luis Alvarez López,¹⁰ quien afirma que el móvil general de la población para participar en el movimiento restaurador no fue precisamente el ideal nacionalista. La Guerra de Restauración permitió la recomposición de las fuerzas liberales y el surgimiento de Luperón, como el representante de ese nuevo liderazgo que tanto necesitaban sus filas.

2.3) **Entre 1863-1874,** período en el cual se inicia la Segunda República, encontramos que los liberales se ven de nuevo eclipsados por la figura política de Báez. Se producen las pugnas entre Cabral y Baéz, tal y como acabamos de señalar, y la participación de los liberales a través de la alianza con el primero. La pugna caudillesca de este momento se ha denominado eufemísticamente como pugna bi-partidista entre el Partido Azul y el Partido Rojo.

2.4) **Entre 1874 y 1878.** Buenaventura Báez es el líder en decadencia, su gloria política había finalizado. Los líderes de empuje eran Luperón, Guillermo, González..., estos últimos acérrimos enemigos de lider Azul.

2.5) **Entre 1878 - 1882,** período en el cual el control político está ejercido por Luperón, luego del triunfo de la Revolución de Octubre en contra de Guillermo. Nace un nuevo líder en las filas de los azules: Ulises Heureaux, quien hegemoniza la vida política nacional, y hace desaparecer del escenario político, a su formador y padre espiritual: Gregorio Luperón. Ulises Heureaux se constituye en el líder político por excelencia y se erige como el máximo representante de los intereses de la nueva facción de la clase dominante que se consolida con el resurgimiento de la industria azucarera.

¹⁰ Cf. Luis Alvarez López, **Dominación colonial y guerra popular (1861-1865)**, Santo Domingo, Editorial Universitaria de la UASD, 1986.

ESTUDIOS SOCIALES 106

3. En otro orden de ideas, consideramos que los liberales, por su debilidad organizativa y su escaso poder de convocatoria, no pudieron llevar a cabo ningún movimiento político de importancia sin contar con alianzas de los conservadores:

- En febrero de 1844, cuando se produce la independencia o separación de Haití, tuvieron que contar con los anexionistas o conservadores. Ello explica el contenido del Manifiesto del 16 de enero de 1844, que habla de separación, no de independencia.

- En 1857, aún antes de materializarse la anexión, encontramos que los liberales, en su afán de combatir a Báez, y en respuesta a las medidas restrictivas impuestas por éste, organizaron un movimiento político de alcance nacional, conocido como la Revolución de Julio de 1857. Debido a que su fuerza política y militar no era lo suficientemente poderosa para derrocar al régimen baecista, se vieron obligados a aliarse a Santana, quien asume el liderazgo del movimiento, logrando dar al traste con el gobierno de Báez, y erigirse nueva vez como Presidente de la República. Esta alianza con Santana fue infructuosa, pues los liberales propiciaron un movimiento que no pudieron controlar. Años más tarde, como sabemos, enfrentan el dominio español, obra cuyo responsable fue precisamente Pedro Santana, su antiguo aliado.

- En 1874 los liberales se unen a González, antiguo e importantísimo colaborador baecista, para derrocar a Báez. Los meses que transcurrieron entre 1874 y 1876 fueron una verdadera pesadilla para el país, pues González no sólo logra proclamarse como Presidente de la República, sino que coloca a los liberales en la mayor de las marginaciones. Las pugnas entre los gonzalistas y liberales fueron permanentes y sangrientas. Para mostrar con creces esta cruda realidad he aquí algunas informaciones: En ese período se produjeron 127 rebeliones, de las cuales 60 fueron organizadas por los liberales en contra del Presidente González.

- El golpe definitivo del movimiento liberal se produjo en 1888, momento en que Lilís enfrenta abiertamente a Luperón, quien, buscando frenar las ansias de poder absoluto que tenía el dictador, intentó competir con él en las elecciones presidenciales de ese año. Renunció a sus deseos, pues ya para esa época Lilís había organizado un aparato político capaz de vencerlo en las urnas o con las armas.

MI SIGLO XIX: 15 AÑOS DESPUES...

Las afirmaciones, terribles, que acabamos de enumerar, pueden ser mostradas con algunas cifras sobre la participación política de los liberales en la historia Republicana.¹¹

- De los 56 gobiernos que tuvimos en el siglo pasado, 16 presidentes elegidos o impuestos duraron menos de un año, y de éstos, 10 eran líderes Liberales.

- Entre 1844 y 1899, el país se vió en la necesidad de enfrentar 271 movimientos armados, de los cuales 218 fueron organizados por caudillos que se autoproclamaban liberales.

- Otro aspecto importante en el cual los liberales no se destacaron fue en la reiteración de la asunción del Poder Ejecutivo. Seis caudillos asumieron la Presidencia de la República por más de una ocasión, de ellos sólo Cabral, que fue un liberal tardío o conservador arrepentido, gobernó en dos ocasiones. Los otros cinco son indiscutiblemente conservadores (Santana, Báez, González y Guillermo), o liberal arrepentido, como Ulises Heureaux.

Las afirmaciones expuestas a lo largo de estas páginas muestran que el movimiento liberal dominicano del siglo XIX fue un proyecto político fracasado. Propiciaron ideas hermosas, pero inaplicables a una realidad convulsionada en donde prevalecía el atraso económico, político y social. El liberalismo dominicano traía consigo, desde su propio nacimiento, una esencia contradictoria: un nacionalismo a ultranza que enfrentaba la dominación de esos imperios propiciadores de las ideas nacionalistas en sus territorios, pero la dominación imperial más allá de sus fronteras. La contradicción de ese movimiento revolucionario y sus incongruencias políticas, hicieron que este siglo XIX dominicano estuviese dominado por las fuerzas conservadoras. Las huellas de ese conservadurismo dominante se sienten aún en nuestra realidad política.

¹¹ Las mayorías de estas cifras aparecen en un artículo de mi autoría, "Entre el autoritarismo y la aspiración de libertad", **Revista Estudios Sociales** # 95, Enero-marzo 1994, Centro de Investigación y Acción Social de la Compañía de Jesús.